

Guillermo Lora

***ES POSIBLE APLICAR EL
MARXISMO
A LA ATRASADA BOLIVIA?***

La Paz - Bolivia

2022

Ediciones **MASAS**

SUMARIO

-RESPUESTA OBRERA A LA CRISIS ECONOMICA-ADVERTENCIA	3
1	
¿ES POSIBLE APLICAR EL MARXISMO A LA ATRASADA BOLIVIA?	4
2	
LA CONTRADICCION FUNDAMENTAL	9
3.	
LUGAR QUE OCUPA EL IMPERIALISMO	15
4	
ALGUNAS CIFRAS QUE REVELAN LOS RASGOS DE LA ESTRUCTURA ECONOMICA	21
5	
LOS GRANDES Y PEQUEÑOS MALES NACIONALES	26
6	
LA CRISIS ECONOMICA ESTRUCTURAL	32
7	
LA IDEOLOGIA COMO INTERPRETACION DE LA CONTRADICCION FUNDAMENTAL	38
8	
LA REVOLUCION Y DICTADURA PROLETARIAS UNA NECESIDAD HISTORICA	40

RESPUESTA OBRERA
A LA CRISIS ECONOMICA-
ADVERTENCIA

La primera edición de este breve trabajo apareció en 1983. Esta segunda edición circula luego de grandes transformaciones ocurridas en el país, siendo la más importante la adopción del liberalismo económico en 1985- su aspecto más escandaloso se refiere a los planes privatizadores de las empresas públicas- y la aprobación del Decreto 21060, actualizado y profundizado mediante Decreto del gobierno del Acuerdo Patriótico.

Se ha intentado introducir algunas complementaciones que actualizan el escrito.

Tiene que subrayarse que lo fundamental del análisis conserva toda su actualidad, lo que viene a probar la vitalidad y vigencia del método marxista.

Enero de 1992

1

¿ES POSIBLE APLICAR EL MARXISMO
A LA ATRASADA BOLIVIA?

Si se estudia la historia de las organizaciones obreras y políticas bolivianas que, a partir de los años veinte se autoproclamaron de izquierda y hasta marxistas, pasando por la dolorosa experiencia del "socialismo militar", de la insurgencia de la "izquierda nacional", etc, se constata que para justificar su capitulación ante la casi inexistente burguesía criolla dividen la doctrina de Marx y Engels en dos partes, una buena y aplicable a un país como Bolivia y otra mala, extranjerizante, vaciada a medida de las grandes metrópolis del capital financiero.

Se tiene que concluir que la interrogante de sí es posible o no aplicar el marxismo a la atrasada Bolivia no ha sido todavía debidamente respondida; esa respuesta encierra la clave que puede permitirnos comprender lo que sucede hoy entre los "marxista" del país. El que Marx y Engels hubiesen nacido en Alemania tiene mucho peso para nuestros intelectuales que parecen ignorar que viven en una época en la que todos los fenómenos han sido unversalizados.

La llamada "izquierda nacional" argentina constituye un ejemplo acabado de los que justifican su sometimiento a la burguesía progresista y "anti-imperialista" con citas entresacadas y amañadas de los escritos de los clásicos -una buena forma de desechar lo fundamental del marxismo-, encubriendo así su capitulación ante el capitalismo. El "teórico" más destacado de esta postura es el periodista Abelardo Ramos, actualmente embajador en México del gobierno reaccionario presidido por Menem. En Bolivia su portavoz más visible es Solís Rada., que oficia de "teórico nada menos que del partido empresarial folclórico llamado CONDEPA, redil del "compadrerío" ambiocioso e inmoral. Estas gentes y sus argumentos no merecen ser tomados en serio.

Para la policía y el gorilismo, el marxismo no es más que un recetario de consignas "extremistas y anti-patrióticas" capaces de crear de la nada alborotos sociales. Desgraciadamente y a su modo, las agrupaciones "revolucionarias" parecen estar de acuerdo con esa caracterización que a cualquiera se le antojaría producto de la ignorada. Se limitan a manejar algunas consignas agitativas, muchas veces traídas de los cabellos y nunca se han molestado en estudiar la realidad del país con ayuda del método

marxista, como corresponde a los verdaderos revolucionarios; se nos sirve con mucha frecuencia una verdadera caricatura de la doctrina de Marx. La chatura teórica explica la insignificancia de la política izquierdista. Para no pocos, esta conducta vendría a confirmar la tesis inconfesable de que en la atrasada Bolivia no puede aplicarse en toda su plenitud y con éxito el marxismo ortodoxo, es decir, como método de análisis de la sociedad, que de eso se trata y no de otra cosa.

El Movimiento de la Izquierda Revolucionaria o MIR -fundado en septiembre de 1971-, que en el pasado ya lejano se presentaba como rabiosamente izquierdista, como la auténtica izquierda, y que presumía ser la conjunción -¿y por qué no la superación?- de las corrientes marxistas y nacionalistas de contenido burgués, sostiene orgulloso que ha acuñado sus propias categorías y ha creado su propio espacio. Esto puede aplicarse también al resto de la "izquierda", que habla su propio lenguaje vergonzante, tan extraño al marxismo y a la conducta revolucionaria. Por eso no podemos entendernos con ellos: cuando decimos negro interpretan como si hubiésemos dicho blanco y viceversa. El MIR ha concluido en el poder como partido burgués empresarial y sirviente incondicional del imperialismo, de la "antipatria". En esta medida constituye el espejo en el que se miran los partidos reformistas, revisionistas y nacionalistas de izquierda, como el Movimiento Bolivia Libre, la Izquierda Unida, etc. Para éstos el objetivo central es llegar al poder electoralmente, utilizando los medios más sucios y extraños a la lucha revolucionaria del proletariado. La experiencia enseña que los partidos que renuncian a los objetivos estratégicos de la clase obrera y se desplazan hacia el campo de la burguesía, acaban como contrarrevolucionarios, esto por haber cambiado de contenido de clase. Se trata de un proceso irreversible.

No puede negarse que el aprismo y el indigenismo han tenido influencia decisiva en la conformación del pensamiento socialista boliviano y la huella que han dejado sigue aflorando con mucha frecuencia. El lector no ignora que esas tendencias tienen como punto de partida la certeza de que el marxismo, por ser una criatura europea, no puede aplicarse en su integridad en tierras americanas, que en éstas otros son el espacio y el tiempo, como gustaba decir el peruano Haya de la Torre. Se creía y se cree aún, que el marxismo puede ser útil en un gabinete académico, como adorno de erudición, pero no para ser aplicado en la acción cotidiana. Una cosa sería la teoría y otra la práctica, separadas por el abismo insondable de la oportunidad. Había que ser por lo menos crítico y no ortodoxo frente al marxismo, una doctrina importada a un suelo del que solamente ha

brotado en el pasado sabiduría en materia de organización y de "justicia" sociales. Conscientemente o no, de esta manera no se hace otra cosa que servir a la burguesía nacional.

Los seguidores de Haya de la Torre se han convertido en incondicionales servidores del imperialismo. ¿Por qué los campeones de la Alianza Latinoamericana contra Yanquilandia -así gustaba decirse en el pasado, que ahora se nos antoja muy lejano- aparecen ahora como defensores del orden social imperante? Porque su radicalismo pegueño burgués no era más que una expresión radical de la política burguesa. Es esto lo que explica su antimarxismo.

Estos señores, encabezados por los teóricos y gobernantes de las grandes metrópolis del capital financiero, de las transnacionales, están seguros que el hundimiento de la burocracia stalinista contrarrevolucionaria en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y en los países del Este europeo, ha determinado el fin del marxismo, su muerte. Dicen que ahora ya no se puede hablar del proletariado, de la lucha de clases, de la revolución, que el capitalismo ha puesto en evidencia toda su vitalidad, pues correspondería a la naturaleza humana y que urge luchar por el perfeccionamiento de la democracia formal para el bien de toda la humanidad, etc.

La restauración capitalista en esos países por obra de la burocracia, que desplazó a la clase obrera en el manejo del aparato estatal y la producción, fenómeno previsto y combatido sistemáticamente por el marxleninismo-trotskyista, confirma -no niega- la validez y vigencia del marxismo.

Retomando el hilo de esa lucha y análisis, sabemos que el proceso de la restauración del capitalismo agonizante, caduco, dará lugar, en primer término, a la revolución política y finalmente a la revolución social, para llegar al retorno de la dictadura del proletariado y al camino de la sociedad sin clases, al comunismo.

Los marxistas bolivianos, formados en la lucha contra el stalinismo termidoriano, hemos probado en la práctica la validez del método marxista.

El argumento central de los cercenadores o negadores del marxismo dice que Bolivia no es todavía un sistema burgués plenamente y que, por esto mismo, resulta impropio aferrarse a una doctrina nacida para descubrir las leyes del desarrollo del capitalismo. Para estos señores nada habría

que interpretar aquí desde el punto de vista marxista. De ahí nace la sindicación de doctrinarios dogmáticos a quienes se empeñan en utilizar el materialismo histórico en sus análisis teóricos que les sirven de pauta para su actividad cotidiana. Es cierto que Marx y Engels pusieron al descubierto la anatomía del capitalismo en su modelo más avanzado en ese entonces, el inglés. Se olvida, sin embargo, que en este trabajo sentaron el método que permite descubrir las leyes del desarrollo (transformación) de todas las formaciones

sociales; el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, en interrelación y choque con las relaciones de producción (forma de propiedad de los medios de producción), constituyen la base material de la sociedad y determinan, en último término, su fisonomía, sus manifestaciones superestructurales. La contradicción interna y necesaria en la base estructural o material que se da entre las relativamente superdesarrolladas fuerzas productivas y la forma de propiedad imperante, permite el automovimiento de la sociedad y abre la posibilidad de su transformación revolucionaria, de su cambio cualitativo. La experiencia boliviana enseña que si no se maneja correctamente este método no es posible adecuar la actividad política o consciente (un proceso subjetivo) a las leyes del desarrollo de la sociedad, que son leyes objetivas, y es entonces que, en la mayor partes de los casos, los revolucionarios concluyen sirviendo a las fuerzas de la reacción, ceden ante la presión de las ideas dominantes, a veces pretendidamente nacionales.

Constituye una superchería reaccionaria el esfuerzo que se hace para oponer las ideas pretendidamente nacionales (en realidad burguesas) al marxismo "extranjerizante", que está destinado a destacar la ideología propia de la clase obrera, esto porque permite descubrir sus intereses generales y sus finalidades estratégicas que arrancan del lugar que ocupa en el proceso de la producción y del propio desarrollo histórico de la sociedad.

Vivimos dentro de la economía capitalista mundial, siendo uno de sus rasgos esenciales la internacionalización tanto de los fenómenos económicos como de los superestructurales. La literatura, las corrientes políticas e ideológicas -el marxismo, el catolicismo, inclusive el nacionalismo y el indigenismo- tienen un carácter internacional inexcusable.

Aquí se encuentra la explicación del hecho, sorprendente a primera vista, de que existiendo una clase obrera altamente politizada y con una admirable experiencia histórica, la "izquierda" en general no ofrezca la expresión

teórica y política de este fenómeno extraordinario. Para un marxista es

inadmisible la especie de que la formación del proletariado, que supone la evolución de su conciencia clasista, cae del aire o se importa del exterior. Una amplísima documentación escrita, que está al alcance de quien quiera conocerla, prueba que esto no hubiera sido posible al margen de la existencia del trotskismo organizado como partido. A la "izquierda" difusa y confusionista le duele lo sucedido y prefiere ignorarlo, lo que se traduce en que ni siquiera conoce a la clase sobre la que pretende trabajar o de la que se proclama su portavoz. ¿Gracias a quién las ideas revolucionarias penetraron en la masa y se apoderaron de ella? Es a esta pregunta a la que debe responder la "izquierda" difusa y confusionista.

Si no se establecen las características de la estructura económica de Bolivia y cómo se expresa la contradicción fundamental en ella, resultan incomprensibles la crisis económica actual y las recetas políticas que se dan, pretendiendo resolver los problemas nacionales por ejemplo. Casi siempre todas las soluciones que se ofrecen concluyen moviéndose limitadamente en el campo de la superestructura ideológica; los izquierdistas forman cola detrás de los ideólogos o tecnócratas al servicio de la burguesía y del imperialismo (transnacionales), para quienes la ética o las verdades eternas están por encima de la economía.

El método marxista no sólo que nos permite conocer la realidad nacional, sino que es imprescindible para la fijación de la política revolucionaria, para la debida comprensión de todos los fenómenos nacionales. Para nosotros no se trata de repetir algunas conclusiones del marxismo o trozos de las obras de los clásicos, que aislados no pasan de ser recetas, sino de utilizar el método en su esencia y pureza. Ese marxismo aplicado a nuestra época de la revolución proletaria mundial (revolución política en los países sometidos a la opresión de la burocracia contrarrevolucionaria stalinista, puramente socialista en las metrópolis del capital financiero y de liberación nacional en las regiones atrasadas) es el marxleninismo-trotskyista, que ha revelado las leyes de la transformación revolucionaria de la sociedad en el período que

En síntesis: no sólo que es posible la aplicación del marxismo a la atrasada Bolivia, sino que resulta imprescindible hacerlo si se quiere conocerla debidamente para poder descubrir las leyes de su transformación. Únicamente así la actividad revolucionaria estará al servicio de las fuerzas del progreso: las leyes de la historia se cumplirán con menos desgaste de esfuerzos y en menos tiempo. No hay otra forma de arrancar al país de su postración, de su atraso, de su miseria y de la inmoralidad inenarrables.

2

LA CONTRADICCION
FUNDAMENTAL

La concepción de que Bolivia es un país capitalista atrasado, en el que el régimen capitalista ya se da como economía combinada (coexistencia de los modos de producción precapitalistas junto al burgués), constituye uno de los aportes de mayor trascendencia del trotskismo (del POR) al conocimiento de la realidad nacional. Ya no hay tiempo ni lugar para que recorra el camino del capitalismo pleno e independiente de la metrópoli imperialista opresora. Se puede decir que únicamente desde ese momento se abrió la perspectiva de descubrir y comprender con ayuda del método marxista, la contradicción fundamental en la estructura económica en la que se asienta la realidad nacional, es decir, de revelar las leyes de su desarrollo y transformación.

No es suficiente decir que en la base económica estructural de la sociedad boliviana se da el choque entre las fuerzas productivas altamente desarrolladas y las relaciones de producción, ¿de una manera pura o con qué particularidades? No hay que olvidar que conocemos varias formas de propiedad. ¿Desarrollo de las fuerzas productivas? Hay que tener mucho cuidado al responder, pues no debe ser considerado como un fenómeno estrictamente nacional, sino como el grado de madurez de este factor económico en el ámbito internacional. No se puede comprender nada de esto si no se tiene en cuenta que Bolivia -con sus particularidades nacionales- forma parte de la economía mundial cuyas leyes modifican al país y lo marcan a fuego.

Las otras tendencias "marxistas" se limitaron y se limitan a repetir las conclusiones stalinista y burguesas nacionalistas en sentido de que todavía no hemos ingresado al pleno desarrollo capitalista, que nos caracterizamos por reproducir algunas formas de precapitalismo. Algunos sostienen que todavía no somos nación (aunque el mosaico de naciones nativas que cubre el territorio boliviano no conoce la necesaria diferenciación clasista, que en otras latitudes logró introducir el desarrollo burgués) y los más dicen que todavía seguimos inmersos en el siglo XVIII.

El stalinismo -más como tendencia internacional que nacional- actuó como un serio obstáculo para la elaboración de la teoría de la revolución boliviana. No cobró importancia decisiva como organización partidista, pero apuntaló

teóricamente los planteamientos nacionalistas de contenido burgués con sus propuestas de la revolución por etapas, del socialismo en un solo país y de la coexistencia pacífica. No se necesita hacer mucho esfuerzo para comprender que desde su primera época el stalinismo expresó, en último término, los intereses de la burguesía internacional, pues no en vano se levantó en el camino de la revolución social como muro infranqueable.

La caracterización general del país, con ser fundamental, no agota todo el problema, pues todavía es necesario saber qué formas adquiere en la economía combinada la contradicción fundamental entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Claro está que históricamente esa caracterización vino como punto culminante de todo el trabajo de análisis de las características bolivianas de la contradicción fundamental.

En este terreno, como en muchos otros, el Partido Obrero Revolucionario no pudo entablar con las otras tendencias políticas la necesaria y saludable polémica y se vio empujado al monólogo; sus adversarios no se elevaron teóricamente hasta el nivel que les permitiese convertirse en sus interlocutores. Es por esto que el aporte no adquirió el suficiente nivel para ganar su verdadero espacio en la palestra internacional. Nos atrevemos a decir que el trotskismo, el marxleninismo de hoy, alcanzó excepcionalmente una concreción tan precisa en el análisis de las particularidades nacionales bolivianas. También es el único partido que ha señalado con toda nitidez que la revolución socialista mundial, que es una unidad que corresponde a los rasgos diferenciales de la economía capitalista, sólo puede darse a través de las particularidades nacionales: hay, como se tiene señalado, revoluciones típicamente socialistas, políticas y de liberación nacional, constituyendo una torpeza el meterlas en el mismo saco o nivelarlas con el mismo rasero.

La insularidad boliviana es más consecuencia del atraso capitalista que de las particularidades geográficas. Penetra profundamente en la clase obrera, internacional por su esencia, y la marca a fuego. El atraso cultural, expresado en la insularidad conspira contra el desarrollo de la doctrina marxista, la más universal entre todas, porque obstaculiza la asimilación crítica y la generalización de los logros del proletariado de Bolivia.

La revolución boliviana solamente puede ser el resultado de la rebelión de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción o formas de propiedad imperantes. Es esto lo que los "marxistas" nativos no alcanzaron a explicarse con anterioridad a los análisis del trotskismo. Por esto mismo

no se atrevieron a elaborar una doctrina propia de la revolución boliviana, lo que determinó su precariedad como organizaciones políticas.

El atraso de los país es resultado de la terca persistencia y del gran peso en la economía nacional de las formaciones económico sociales precapitalistas, que corresponden fundamentalmente al agro y a las masa campesinas, y en menor medida a la vieja clase media de las ciudades. Los "marxistas" (particularmente los exponentes del socialismo universitario) se limitaron a sostener que la presencia impactante de las masas campesinas, de las nacionalidades aymara y quechua, entre otras, como gustaba decir los stalinistas de los años treinta demostraban fehacientemente que las fuerza productivas en Bolivia habían madurado solamente para una revolución burguesa o democrática, tesis que sigue aflorando en los planteamientos de la burguesía democratizante (UDP) y de los partidos de izquierda como el PCB, el MIR, etc., que en alguna forma repiten la línea stalinista.

Se tiene que agregar que este criterio es compartido por toda la gama de tendencias reformistas y revisionistas -MBL, Izquierda Unida, restos "socialistas", etc-, pues todas ellas están empeñadas en mejorar la democracia y preservar la gran propiedad privada de los medios de producción, los más extremistas proponen limitarla o reglamentarla.

De aquí se sacaría la conclusión de que no habría contradicción estructural alguna en los pocos enclaves de producción capitalista, considerados muy débiles y totalmente sometidos al campo, como históricamente se dio en cierto momento del desarrollo superior del feudalismo. En el planteamiento hay ciertas implicaciones de importancia que nunca han sido desarrolladas del todo y menos dilucidadas. Si la contradicción predominante era en el pasado inmediato la existente entre las fuerzas productivas del agro estranguladas por la propiedad privada de los medios de producción precapitalistas (la gran hacienda sustentada en la servidumbre) debía suponerse que nos encontrábamos en presencia de poderosos gérmenes capitalistas que crecían impetuosamente y aseguraban por sí mismos la perspectiva de todo un período histórico capitalista nativo, importando sólo secundariamente lo que sucediese en el resto del mundo. Por otro lado, no podía encontrarse ahí el choque entre el desarrollo nacional y la opresión imperialista, esta última debería aparecer como modelo y obligado punto de referencia del futuro desarrollo del país.

Esta argumentación parecería apoyarse en la evidencia señalada por algunos investigadores sobre la existencia de débiles gérmenes o rasgos capitalistas

en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. En verdad, nuestros reformistas están seguros que siempre existió y existe un capitalismo nativo potencial, que necesariamente tendrá que desarrollarse de manera plena y libre, esperanza de todos los nacionalistas y de la burguesía nativa en general. Los más están seguros que correspondería al imperialismo cobijar y alentar ese desarrollo. La nación en lugar de luchar contra la antinación debe lograr la mutua cooperación con ésta.

En el agro, inclusive después del estrangulado proceso de la reforma agraria de 1952 (un proyecto burgués inacabado y que contó con la venia y el impulso imperialista y no con su oposición, como debería haber sido conforme al esquema stalinista y nacionalista burgués), únicamente han aparecido núcleos muy débiles de comerciantes en contacto con el mercado de las ciudades y que en alguna forma superan la tradicional fusión en el campesino del artesano y del labrador. Nadie puede discutir que en el plano de la especulación y en la perspectiva de miles de años de desarrollo, esos débiles gérmenes podrían acabar generando una sociedad capitalista; desgraciadamente tal planteamiento entra en flagrante contradicción con el desarrollo histórico y la misma realidad del país. La otra deducción obligada es por demás sugestiva: en los centros urbanos (escenario de ía producción capitalista) no puede todavía concebirse contradicción estructural alguna y estarían destinados a seguir al agro como a su caudillo revolucionario. El choque de las fuerzas antagónicas e internas del capitalismo conducen a la abolición de la propiedad privada burguesa (comunismo) y no al establecimiento de aquella. El campo estuvo dominado en el pasado por la rebelión de los siervos y de los gamonales y más tarde por la masa dueña de la pequeña propiedad; a éstos se les asignaba y no pocos aún les asignan la misión histórica de libertar a los explotados de las ciudades, es decir, a los proletarios. La liberación de la opresión imperialista, dentro de tal esquema, sólo puede concebirse como un retorno a etapas históricas totalmente superadas por el régimen burgués; se plantea la posibilidad de estructurar una excepcional sociedad campesina, necesariamente regresiva con relación a la capitalista y basada en la pequeña propiedad de la tierra, que sería retardataria con referencia a la gran propiedad que puede permitir la utilización plena de la máquina, de la electricidad y del obrero asalariado.

La pequeña propiedad agraria constituye un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas en la ciudad capitalista, como también en el campo, por otra parte. La débil y superficial costra de comerciantes nativos, que aparecen en los poros de la propiedad parcelaria y de la economía

autosuficiente, puede todavía desarrollarse a sus anchas gracias a sus contactos permanentes o espaciados con la llamada economía de mercado: no se rebela contra el capitalismo, sino que quisiera asimilarse totalmente a él. La explosiva masa del agro se afana por afirmar la pequeña propiedad y en lo posible por ensancharla, esa pequeña propiedad que se opone a un mayor desarrollo de las fuerzas productivas en ambas facetas de la realidad boliviana, es la pequeña parcela, como lo fue en el pasado la servidumbre, la que mantiene a la vasta masa campesina inmersa en una economía fuera del mercado. El hombre del agro, que produce para comer casi exclusivamente, es decir valores de uso y no de cambio, aparece como un inmenso muro que impide el ensanchamiento del mercado, uno de los factores que obstaculiza un mayor desarrollo del capitalismo, y que cerca a las ciudades con un cordón de pobreza y de barbarie, si por el momento prescindimos de su riquísimo y refinado folklore, del arte del tejido o de la cerámica, resabios de un pasado milenario. El minifundio impide la utilización de maquinaria en la agricultura, que necesariamente se presenta extensiva y depredadora de la riqueza natural. Tales las razones de la extrema pequeñez de la producción agrícola y de sus elevados costos. Estos factores son negativos, retardatarios para el desarrollo capitalista. Uno de los problemas más acuciantes de la industria extractiva minera y de otras radica, precisamente, en sus altos costos, en los que inciden a su modo las características de la agricultura boliviana y la estrechez del mercado. El campo primitivo, símbolo de la barbarie, penetra a pesar de todo en la producción capitalista y la mediatiza.

Lo anterior demuestra que el precapitalismo del agro, que impide seriamente el desarrollo de las fuerzas productivas en escala nacional, constreñidas no sólo por la propiedad agraria y, consiguientemente, tanto por la extrema estrechez del mercado como por la baja productividad, a su modo es expresión del primitivismo tecnológico y de la incultura en general.

A pesar de todo, la contradicción fundamental está definida por el choque de las fuerzas productivas contra la gran propiedad privada burguesa, no en vano Bolivia es parte integrante de la economía mundial capitalista. Es el joven y poco numeroso proletariado, virtualmente hijo de la penetración del capital financiero (imperialismo), el que encarna a las fuerzas productivas dentro del modo de producción capitalista, es decir, a las fuerzas de la transformación revolucionaria de la sociedad, él es quien logrará destruir la forma de propiedad imperante para desencadenar el salto hacia adelante del desarrollo integral de la economía y se verá obligado a barrer los obstáculos que se levantan en el campo. Esta es la razón por la que únicamente el

proletariado puede cumplir la tarea fundamental de la superación de la propiedad parcelaria en el agro, que constituye un requisito imprescindible para la materialización del mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Aquí encontramos la razón última por la que los campesinos podrán liberarse de la miseria, de la barbarie y del atraso en general, únicamente si alcanzan a alinearse detrás del proletariado revolucionario, si se consuma la alianza obrero-campesina, que será la alianza de la ciudad revolucionaria con la fuerza explosiva del rezagado agro.

Dicho en pocas palabras: el proletariado es la clase social revolucionaria en un capitalismo rezagado que se presenta bajo la forma de economía combinada (coexistencia de varios modos de producción). Es por esto que la clase obrera no solamente encarna la rebelión contra la gran propiedad privada burguesa, sino que también expresa políticamente la necesidad de superar la pequeña propiedad agraria (la parcela, el minifundio); ambas formas de propiedad impiden su efectiva liberación de su condición de clase oprimida.

El proletariado, por el lugar que ocupa en el proceso de la producción y por sus objetivos estratégicos, generales, es una clase internacional -no en vano es la negación de la burguesía mundial, de las transnacionales-, es el factor subjetivo de la revolución mundial. Todo esto es la expresión del orden social burgués, que existe y se desarrolla por encima de las fronteras nacionales.

3

LUGAR QUE OCUPA
EL IMPERIALISMO

Nos ha correspondido señalar que se arriba al capitalismo de dos maneras: una tradicional y lenta que consiste en el desarrollo orgánico e interno de los gérmenes capitalistas en el seno de la vieja sociedad feudal, fenómeno que da nacimiento a la burguesía revolucionaria y que paulatinamente va barriendo todas las formaciones económico-sociales precapitalistas (su resultado es que se produce, en determinado momento, la revolución democrático-burguesa y la clase dominante de turno modela a la sociedad a su imagen y semejanza; la otra es la tardía incorporación de un país rezagado a la economía mundial como consecuencia de presiones externas, que determinan sea absorbido obedeciendo a intereses que le son extraños, lo que se traduce en el desarrollo capitalista (a veces verdadera hipertrofia) de cierto sector de la economía a costa del estancamiento, postergación y hasta retroceso del resto (la consecuencia es el capitalismo como economía combinada; un imperativo para los países que llegan con retraso al banquete de repartija del mundo entre las grandes potencias).

El imperialismo transforma radicalmente al país sometido e incorporado a la fuerza a la economía mundial, lo que se traduce en una profunda modificación de su economía y de su fisonomía social. De aquí arranca el carácter nacional de la opresión metropolitana; tiene que ver, de una u otra manera, con todas las clases sociales, así aparece la nación oprimida con intereses contrapuestos a los de la nación opresora o metrópoli; pese a todo, explota de manera directa al proletariado nativo, se nutre de la plusvalía que le arranca y cuya parte substancial exporta.

La opresión imperialista, que no solamente es saqueo económico, sino también y de manera insoslayable opresión política, se convierte en el más serio obstáculo que impide que el país sojuzgado pueda ingresar plenamente al desarrollo capitalista integral (civilización contemporánea), que se barran todas las formaciones económico-sociales precapitalistas.

La penetración del imperialismo en el país atrasado y su funcionamiento como enclave, tiene lugar con la complicidad y ayuda de algunas capas de la clase dominante comprometidas con la producción precapitalista, por lo menos. En el caso boliviano, la avanzada liberal proimperialista, que tan sesudamente teorizó acerca del necesario y provechoso sometimiento de Bolivia a la división mundial del trabajo impuesta por las grandes potencias,

tenía un pie fuertemente metido en la servidumbre. El amo foráneo, demostrando una gran capacidad de adaptación a las particularidades nacionales y a las supervivencias precapitalistas, se lanzó a mantener intacta la servidumbre y, más tarde, a desinteresarse de la suerte de la propiedad parcelaria, esto pese a que esquemáticamente y en general el imperialismo, etapa última del sistema burgués, se encuentra en el polo opuesto a las formaciones económico-sociales precapitalistas.

En resumen: la presencia del imperialismo en el país, fenómeno inseparable de la opresión económica y política, impide de manera indirecta que la propiedad parcelaria sea superada, lo que permitiría un gran desarrollo de las fuerzas productivas, así le cierra el paso al campesinado hacia la civilización.

El imperialismo imposibilita el progreso integral del país. Desde el punto de vista de los intereses generales del capitalismo, se presenta como una necesidad histórica la eliminación de los grilletes de la pequeña propiedad agraria que impiden los movimientos de las fuerzas productivas, pero resulta que no está presente en el escenario la clase burguesa revolucionaria capaz de cumplir tarea tan elemental y fundamental. El desarrollo del agro no ha desembocado en esa meta. La persistencia del atraso es una de las expresiones de esta realidad. Es el proletariado, clase revolucionaria de la ciudad (excluimos los pequeños núcleos del proletariado agrícola que han aparecido en el Oriente en la última época) y no del campo, el que se levanta contra la opresión imperialista, por sufrir directamente esta opresión y porque el imperialismo encarna mejor que nadie la explotación burguesa de la fuerza de trabajo. El proletariado al derrotar al imperialismo y destruirlo (es la única clase que está vivamente interesada en cumplir así a plenitud esta misión) desencadenará, acaso sin proponérselo, a las fuerzas productivas del agro, hoy cautivas de la diminuta parcela cultivada con métodos primitivos.

Por otro lado, la liberación de la clase obrera, que importará su disolución en el seno de una sociedad de productores independientes, solamente puede asentarse en la superación del atraso y de la miseria del campo, concretizados en la pequeña parcela actual. De esta manera la clase revolucionaria de la ciudad (proletariado) es la que mejor encarna los intereses generales de la nación oprimida, características de toda clase revolucionaria, por otra parte.

La burguesía nacional (considerada ésta como burguesía industrial y no

meramente compradora o comercial) puede entrar y en los hechos entra en fricción con la metrópoli imperialista, pero carece de la fuerza suficiente para expulsarla del país, lo que hace es pedir mejores condiciones en su trato cotidiano con la potencia explotadora. La presencia amenazante de la clase obrera (suponemos que su conciencia se ha desarrollado hasta un alto nivel) obliga a burguesía criolla a girar hacia posiciones francamente proimperialistas; la etapa de decadencia que vive el orden burgués no otorga el suficiente espacio de tiempo para ensayar el pleno y libre desarrollo del capitalismo en el país. Hay un otro hecho que es preciso tomar en cuenta: entre la burguesía imperialista y la nacional está tendido el cordón umbilical de la propiedad privada de los medios de producción; en cierto momento la burguesía nacional se siente más próxima de la metropolitana que del enemigo jurado de la propiedad privada que es el proletariado.

La opresión imperialista, obstáculo para el desarrollo integral del país, plantea la impostergable tarea de la liberación nacional. La cuestión es saber cuál de las clases sociales, a la cabeza de la nación oprimida, es capaz de cumplirla a plenitud. La historia enseña que los movimientos antiimperialistas acaudillados por la burguesía nacional concluyen indefectiblemente frustrando las aspiraciones de las masas y postrándose de hinojos ante la metrópoli opresora y saqueadora. El proletariado, en su empeño de dejar de ser clase explotada, se ve obligado a tomar en sus manos esa tarea incumplida para consumirla de manera radical. En este último caso la liberación nacional deja de ser la meta final de la transformación democrática para incorporarse como una de las metas de la revolución proletaria. La clase obrera está llamada a convertirse en caudillo nacional, forma en la que supera su debilidad numérica con relación a las otras clases oprimidas.

La opresión nacional ejercitada por el imperialismo es algo que no puede ponerse en duda y la política revolucionaria debe tomarla en cuenta. También es cierto que hay un choque entre nación oprimida (varias clases sociales) y nación opresora o imperialismo. Sin embargo, es preciso saber cuál de las clases sociales de la nación oprimida puede desarrollar consecuentemente la lucha anti-imperialista y acabar con el opresor foráneo. La tesis en sentido de que la opresión imperialista, por su carácter nacional, nivela a las clases sociales (que son tales por poseer intereses materiales diferentes) o las torna iguales, no es más que un taparrabos que encubre la hegemonía burguesa en la llamada unidad nacional pretendidamente anti-imperialista, unidad nacional que conduce invariablemente a la derrota y a la acentuación de la opresión imperialista, como tan elocuentemente demuestra la experiencia

boliviana.

Hemos señalado las razones por las cuales el proletariado emerge como la clase social revolucionaria que expresa a cabalidad los intereses generales de la nación oprimida. De aquí se deduce que la contradicción imperialismo y nación oprimida se concretiza, desde el punto de vista revolucionario y de su superación, como antagonismo entre la metrópoli y el proletariado. La opresión foránea es inseparable de los insustituibles servicios que le prestan determinadas capas de la burguesía nativa o clase dominante. Por esto mismo, la lucha revolucionaria contra la metrópoli imperialista es igualmente inseparable de la lucha contra sus sirvientes criollos.

Sintetizando: la clase obrera es consecuentemente revolucionaria porque no es propietaria de los medios de producción, que el desarrollo histórico ha concentrado en manos de la burguesía-imperialismo, esto en el sector de la producción capitalista, que es el predominante dentro de la economía combinada.

El proletariado encarna no solamente la rebelión de las fuerzas productivas contra la propiedad burguesa de los medios de producción, sino también el choque de aquellas contra la propiedad parcelaria, que tan profundamente ha penetrado igualmente a las comunidades indígenas.

Brevemente: la contradicción fundamental en la estructura material de la sociedad boliviana se da entre las fuerzas productivas rabeladas contra la propiedad parcelaria en el campo y la burguesa sobre los medios de producción. Esa contradicción, que ya determina la naturaleza combinada de la revolución, se concretiza en el choque entre el proletariado acaudillando a las masas oprimidas en general, por un lado, y el imperialismo-burguesía nativa, por otro.

La contradicción fundamental en el seno de la estructura económica y su expresión social (la lucha de clases) adquiere particularidades que corresponden al capitalismo en su forma de economía combinada, que es uno de los rasgos diferenciales de Bolivia.

Como se ve, en este aspecto central del marxismo y de la teoría de la revolución ya se plantea la total discrepancia entre el marxleninismo-trotskyista y las demás tendencias que se reclaman del marxismo. Para los otros la contradicción fundamental radica entre el imperialismo y la nación oprimida dirigida por la burguesía, por una parte, y entre la burguesía

y las relaciones de producción feudales o semif feudales, por otra. Este planteamiento conduce a concluir que la burguesía nacional o sectores de la compradora son todavía revolucionarios.

Es fácil darse cuenta que la estructura económica del país está conformada no solamente por las relaciones de producción capitalistas, sino también por las precapitalistas que siguen imperando en sectores considerables de la economía. Es este el punto de partida de la economía combinada, que considera que la "civilización" burguesa y el atraso campesino no conforman dos sociedades inconexas o dos aspectos del desarrollo que nada tienen que ver entre si, sino como una unidad dialéctica, en la que atraso y progreso se condicionan mutuamente y que, en determinadas condiciones, uno puede trocarse en el otro, como hemos apuntado en otros escritos. Civilización y atraso son las dos caras de la misma medalla: del capitalismo que se da como economía combinada.

La evidencia del capitalismo atrasado de economía combinada determina el carácter también combinado de la revolución proletaria, protagonizada, por la nación oprimida bajo el liderazgo político de la clase instintiva y consciente comunista. Ni duda cabe que la estructura económica de tipo combinado se proyecta en la cultura combinada.

La concepción del capitalismo atrasado de economía combinada, concretización en los países rezagados de la ley de desarrollo desigual de los continentes y las regiones entre si, que es la más general y a la que se refiere Lenin, constituye uno de los más grandes aportes de Trotsky al marxismo.

Se puede concluir que en la época del imperialismo es la economía mundial la que determina en los países rezagados la preeminencia del modo de producción capitalista y la que hace madurar a éstos para la revolución antiimperialista.

Los grandes aportes del trotskismo boliviano a la teoría de la revolución han sido posibles gracias al empleo de la concepción del capitalismo atrasado con economía combinada. La revolución boliviana será particular, excepcional, india, pero formará parte de la revolución socialista mundial, lo que impone la estructuración del partido revolucionario como una Internacional -la Cuarta o trotskista-, todo como respuesta política al carácter mundial de la economía.

Los stalinistas y otros reformistas han copiado del Partido Obrero Revolucionario, mecánica y deformadamente esta caracterización. Si la atrasada Bolivia está integrada en esa unidad dialéctica superior que es la economía mundial, quiere decir que está en *Ínter-relación* (no en dependencia unilateral) con los otros componentes de aquella. Es esto lo que no aceptan los paladines de la vigencia de la revolución democrática en los países atrasados (esencia de la teoría de la revolución por etapas).

ALGUNAS CIFRAS QUE REVELAN LOS RASGOS DE LA ESTRUCTURA ECONOMICA

La productividad es uno de los parámetros que puede permitir cuantificar el nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productiva dentro de un determinado modo de producción. Las bondades de las sociedades en conflicto (socialismo e imperialismo, por ejemplo) se miden en el marco de la economía mundial teniendo en cuenta sus índices de productividad. El bajo rendimiento del agro boliviano, que ciertamente adquiere caracteres dramáticos si se lo refiere al nivel de vida miserable de las masas y no se trae a colación como una cifra simplemente, puede ayudarnos a tener una idea aproximada del grado de atraso del país y de las particularidades de su estructura económica. Citemos algunas cifras al respecto:

En 1979, según datos de USAID, una hectárea permitió cosechar 750 kilogramos de trigo, mientras que en EEUU se lograron 1.680, vale decir, 125% más.

En Bolivia una hectárea produce 6.5 toneladas de patatas, mientras que en Holanda se cosecha 40 toneladas, o sea más de seis veces que en el primer país. Si tomamos en cuenta los datos proporcionados por Geri Smith en sentido de que el hombre boliviano consume papas anualmente más del doble de su peso, vale decir 155 kilos (los de Los Andes más de 187 kilos), mientras que el norteamericano sólo alcanza a 58 kilos, se tiene que concluir que demuestra no sólo la mala alimentación del boliviano, que influye en su capacidad productiva, sino, y esto es lo más grave, que cosecha exclusivamente para comer.

En Bolivia una hectárea produce 1.200 kilos de maíz blanco, mientras que en EEUU se recolecta 4.000.

Caña de azúcar: En Bolivia 40 toneladas por hectáreas en tanto que en el Perú 160 toneladas, cuatro veces más, etc.

Las siguientes cifras demuestran la extrema pequeñez de la producción agrícola (1980):

Trigo: 60.000 toneladas en 100.370 hectáreas, azúcar: 3.080.185

toneladas, en 65.565 hectáreas, arroz: 95.225 toneladas en 66.140 hectáreas; papa: 786.000 toneladas en 168.530 hectáreas, banano: 157.860 toneladas en 17.670 hectáreas.

La pobreza del Estado está reflejada en su enano presupuesto consolidado, en un país en el que alrededor del 70% de la economía está en manos de aquel. Para 1981 fue de 117.200 millones de \$b (4.688 millones de \$US) y el de Estados Unidos para 1983 fue proyectado en un volumen mayor en 189 veces: 757.600 millones de \$US, sin una economía tan altamente estatizada y estando en plena recesión.

La baja productividad está determinada por el minifundio, la ausencia de maquinaria, de electricidad, de abonos químicos, de riego artificial y también por la incultura en general, la desnutrición del campesino, etc. No es sorprendente que los costos de los productos agropecuarios sean sumamente elevados con referencia a los que se registran en los países capitalistas altamente desarrollados. Demás está indicar que la productividad del hombre del agro es sumamente baja. Estos factores negativos penetran inconteniblemente en el modo de producción capitalista y concluyen distorsionándolo, de manera que no puede competir con el de otros países. La propiedad parcelaria se convierte en pesada carga, en un freno, para la economía en general.

Una de las consecuencias más graves se encuentra en el diminuto volumen de la producción nacional. El total del Producto Interno Bruto en 1 979 fue de 18.826 millones de \$b y en su composición el sector agropecuario intervino con el 15.5%, la minería con el 6.4%, el comercio con el 18% (cifra igual a la de la industria manufacturera). Estos datos son por demás reveladores acerca del tremendo atraso del país, lo que se traduce en el excesivo empobrecimiento de los habitantes. La CEPAL indica que en 1980 el PIB por habitante fue de 381 \$US. solo superior al imperante en Haití (147 \$US), en Honduras (333) y muy inferior al de la Argentina (1.410 \$US), del Brasil (966 \$US), del Perú (670 \$US), etc.

La producción y el presupuesto nacionales no son suficientes para atender las necesidades elementales de los habitantes y las exigencias del mantenimiento del mismo mecanismo de la producción, pese a que ésta ha sido diseñada y vaciada hacia el exterior, habiendo fracasado los esporádicos esfuerzos para lograr la sustitución de las importaciones.

En 1979 el volumen de las exportaciones alcanzó a 76.1 millones de

dólares y las importaciones llegaron a 1.011 millones, con un déficit de 249 millones de dólares. Estos déficits constantes de la balanza de pagos y los requerimientos de la misma producción han sido cubiertos con una deuda internacional siempre en crecimiento (en 1979 la contratada ascendió a 3.406.6 millones de \$US).

Tales factores negativos han concluido deteriorando en extremo la situación financiera del país. En diciembre de 1979 las reservas brutas fueron de 254.5 millones de dólares, las obligaciones a corto plazo de 323.1 millones, lo que se tradujo en un déficit de las reservas internacionales netas del orden de 68 millones de dólares, en junio de 1981 las reservas brutas cayeron hasta 167.3 millones de dólares, las obligaciones a corto plazo se elevaron a 376.7 millones y las reservas internacionales netas cayeron a 209.4 millones de dólares. A los cuatro meses, a fines de 1981, la catástrofe no ofrecía la menor duda: las reservas netas registraron la alarmante cifra de 297.5 millones; las obligaciones a acorto plazo escalaron a 502.1 millones y las reservas brutas descendieron hasta 204.6 millones de \$US.

De igual manera que los empresarios capitalistas, los Estados modernos no pueden prescindir de los empréstitos internacionales, que permiten utilizar la palanca de la economía mundial para lograr el funcionamiento de la producción y su ensanchamiento a condición de que guarden relación con la potencialidad económica (productiva) de un país. Como quiera que en Bolivia la voluminosa deuda pública es empleada casi exclusivamente para cubrir los déficits de la balanza de pagos y del presupuesto, en cierto momento se ha convertido en el nudo corredizo que amenaza con paralizar toda la economía, lo que ha sucedido cuando su servicio ha precisado utilizar el 30% del total de las exportaciones. Durante una parte del siglo XIX Bolivia vivió sin deuda pública, lo que no era índice de su prosperidad y gran desarrollo, sino, contrariamente, de su tremendo atraso, de su estado de aislamiento de la economía mundial y del estado precapitalista por el que atravesaba.

Hay otros índices de mayor dramaticidad que ponen en evidencia que Bolivia es uno de los países más rezagados del continente. Únicamente al 45.7% de la población (desde los 10 años de edad) participa en la actividad económica. Este porcentaje en la Argentina se eleva al 53.4 % (datos de la CEPAL para 1980), el 37.3% de los habitantes permanecen analfabetos (1976), que en el campo corresponde a la mayoría abrumadora. La producción precapitalista y marginada del mercado actúa como el más grande obstáculo que impide la difusión del alfabeto.

La mortalidad infantil llega a 142 por mil, la tasa más elevada de todo el continente. La esperanza de vida es una de las más bajas: 48.6 años, que para los trabajadores mineros no sobrepasa los 30 años. Como corresponde a un país pobre, el promedio de hijos por familia es de 6.4 (en Haití 7.1) y el Crecimiento anual de la población de 2.6%. Únicamente el 38% de la población dispone de agua potable y sólo el 42% de los habitantes de las ciudades se benefician con el servicio de alcantarillado (en las zonas rurales simplemente no existe). En muchos aspectos el agro aun tiene un mayor peso con referencia a la ciudad; como se comprueba en el porcentaje de la urbanización (poblaciones de más de 20.000 habitantes), que es del 27.2%, únicamente Trinidad Tobago, Haití, Guatemala, Paraguay, Jamaica están por debajo de este índice.

La industria minera, la más importante, la única que muestra grandes concentraciones humanas y pretende utilizar tecnología y métodos organizativos modernos con miras a disminuir sus costos, es víctima del natural agotamiento de los yacimientos y de haber sido diseñada casi íntegramente hacia el exterior.

La industria manufacturera fabril corresponde casi matemáticamente a la pequeñez del mercado liliputiense, con todas las emergencias negativas de la baja productividad y de los altos costos. El 84.33% de las empresas de este sector, que cubre el 21.59% del valor total de la producción, tiene menos de veinticinco personas entre obreros y empleados. Las empresas con más de 1.000 empleados apenas sí representan el 0.81% del total y ocupan el 10.87% de la fuerza de trabajo del sector. Esta industria apenas si se diferencia de la actividad artesanal y los obreros siguen siendo parcialmente asalariados, artesanos y campesinos, esta baja diferenciación social da lugar a que en cada familia se puedan contar con múltiples ingresos pequeños, lo que explica que sus componentes puedan sobrevivir con salarios miserables que apenas sobrepasan los 100 \$US/mes.

El atraso cultural, la desnutrición, las condiciones de vida infrahumanas, la escasa utilización de la tecnología moderna, el poco volumen de la fuerza del trabajo calificada, determinan el bajo nivel de la productividad (un tejedor atiende sólo de 3 a 6 telares). Las máquinas producen menos que en las metrópolis y las fábricas trabajan muy por debajo de su capacidad instalada. Las industrias para sobrevivir precisan medidas estatales proteccionistas frente a la devastadora competencia extranjera y, pese a todo, la desocupación crece sin cesar.

No hay por qué extrañarse que una economía extremadamente débil no oponga casi resistencia a los fenómenos internacionales. La intermitente recesión mundial, la política proteccionista de los Estados Unidos, su programa de austeridad, el hundimiento del dólar, las extremas

fluctuaciones de las cotizaciones de los minerales y su tendencia descendente, adquieren rasgos catastróficos en Bolivia y prácticamente empujan a la producción nativa a la paralización. Una respuesta sería la conformación de un pool de productores de materias primas y la unidad continental, que resultan, de hipotética realización en manos de la burguesía impotente, cuidando que América Latina se encuentre balcanizada en provecho directo del imperialismo. La necesaria unificación del continente es otra de las tareas que debe cumplir la clase obrera.

En el último decenio los datos citados más arriba apenas si se han modificado y muchos de manera negativa.

Los problemas de la transformación económica radical, de su desarrollo global, de la industrialización acelerada, del ensanchamiento del mercado interior, de las posibilidades de competir en el mercado internacional, es decir, de la superación del atraso, se concentran en la cuestión de la tierra y de su solución, de manera que se convierta en palanca impulsora del avance total del país y no persista como freno paralizante. Nos referimos a la pequeña parcela y a las que permanecen en manos de las comunidades.

El imperialismo y los gobiernos burgueses nativos que le sirven, buscan imponer desde arriba la gran hacienda capitalista, llevando al mercado las actuales parcelas de los campesinos. Al mismo tiempo se empeñan en resolver el problema del narcotráfico, en favor de las metrópolis, a costa del aplastamiento económico y físico de los campesinos, de la destrucción de los cocales.

El liberalismo económico, las privatizaciones de las empresas públicas - programa impuesto despóticamente por el imperialismo- no resuelven esta dramática situación, sino que inclusive llegarán a profundizarla. No es este el camino que puede permitir al país salir del atraso, esa perspectiva se proyecta a través de la revolución social y de la dictadura del proletariado o gobierno obrero-campesino.

5

LOS GRANDES Y PEQUEÑOS
MALES NACIONALES

Los historiadores y sociólogos de la clase dominante (muchos intelectuales "marxistas" se limitan a corear las arbitrarias conclusiones de estos señores) vienen repitiendo desde épocas lejanas la teoría de que los vicios y males propios de los países atrasados, aunque agravados en grado superlativo en Bolivia, son algo así como exhudaciones inevitables en los habitantes nativos, tara de la raza o del mestizaje. En realidad, se trata únicamente de exteriorizaciones punzantes y perceptibles para cualquiera de la particular estructura económica y de las agudas contradicciones que se agitan en su seno y que nos hemos esforzado por concretizarlas más arriba. Es cierto que la realidad objetiva y material, que puede ser perfectamente cuantificada, se ha traducido, por ejemplo, en la particular sicología de los diversos conglomerados humanos de Bolivia. El instinto de las masas campesinas, obreras, de artesanos y pequeños comerciantes (cholos), tan sorprendente para los estudiosos al servicio de la burguesía, esta determinada, en definitiva, no por la pureza o impureza de la sangre o por normas éticas o religiosas abstractas y pretendidamente universales, sino por el lugar que ocupan esos grupos humanos en el proceso de la producción; en otras palabras por ser o no propietarios de los medios de producción y en qué medida. La conciencia, la ideología, las teorías políticas y de otra naturaleza, no son otra cosa que los esfuerzos que hacen los hombres concretos de determinadas clases sociales por comprender esos fenómenos.

Con todo, no son las ideas o creencias las generadoras de los grandes males nacionales, sino que éstos tienen sus raíces en la estructura económica material y en sus contradicciones internas, dicho de otra manera, son el resultado de su pasmosa miseria y atraso. Los males de Bolivia tienen doble origen: los emergentes del capitalismo, de la incorporación tardía del país a la economía mundial y aquellos que son el resultado del poco desarrollo del capitalismo. En otras palabras, en la base de los grandes problemas se encuentra el hecho de la limitada producción que no permite atender debidamente las más premiosas necesidades de todo el país: hay muy poco que repartir en medio de tanta pobreza, problema que se ve agravado por la corrupción y el latrocinio de los detentadores del poder.

La ausencia de una burguesía nacional revolucionaria, resultado del hecho de que no ha tenido lugar el desarrollo interno del capitalismo (el

imperialismo ha traído máquinas y dólares, pero no una clase dominante), no ha permitido el cumplimiento total de las tareas democráticas, ni la consumación de la revolución burguesa plena. La consecuencia de este fenómeno ha sido la no estructuración del gran Estado nacional soberano (el Estado burgués criollo está políticamente subordinado a la metrópoli opresora), de la unidad nacional, de la democracia formal, entre otras cosas. La extrema pobreza del país, que emerge tanto de la limitación del desarrollo capitalista, como del gran peso del agro primitivo, se refleja en la ausencia de capas enriquecidas de la clase media, capaces de convertirse en el soporte social y político de la teoría y de la práctica democrática, de manera que la alternabilidad en el poder de las diferentes fracciones de la clase dominante pueda ser materializada con ayuda de la papeleta de voto y no del sable.

Emerge de una manera natural e inevitable de la realidad boliviana el golpismo y el caudillaje, características de la inestabilidad política, jurídica y económica, que son los peores enemigos que impiden un sostenido desarrollo capitalista, que debe contar con las suficientes seguridades para apropiarse de la plusvalía y con referencias económicas y legales seguras para efectuar sus cálculos y planes en plazos relativamente amplios.

Si la inestabilidad política, el golpismo y el caudillaje son consecuencias del atraso del país, del poco desarrollo del capitalismo, a su turno se convierten en factores que obstaculizan la superación de ese lamentable estado de cosas, que es una especie de proyección en el presente de nuestro pasado marcado por la barbarie.

El caudillismo militar no es un producto exclusivo de la ambición ilimitada e inmoralidad de ciertos generales, coroneles o doctores, sino que entronca en el atraso del país, por un lado, y en la caducidad del nacionalismo burgués, por otro. La esencia del nacionalismo radica en que es la respuesta capitalista al problema de la solución de las tareas democráticas pendientes, de manera que se encamina a lograr el desarrollo integral e independiente del régimen burgués. Este ensayo encarnado en el MNR se ha agotado, ha dado de sí todo lo que pudo dar: promesas de modernización del país, de liberación de la opresión imperialista defendiendo y afirmando la propiedad privada y la convivencia con la metrópoli. El ensayo ha fracasado totalmente, lo que ha importado el hundimiento de las tradicionales direcciones políticas de las masas bolivianas. Las crisis de los partidos políticos democratizantes (la sociedad capitalista plenamente desarrollada que ofreció el movimientismo no podía menos que verse coronada por la democracia, que lleva implícita

la promesa de la pluralidad partidista) ha dejado un vacío en el juego político destinado a preservar los intereses de la clase dominante nativa y los del imperialismo; vacío que ha sido convertido en el verdadero centro de poder. La política ha concluido como un monopolio castrense y la cúpula dirigente de la institución armada ha acentuado al extremo sus rasgos totalitarios y mesiánicos.

No se trata de limitarse a plantear que los militares vuelvan a sus específicas funciones señaladas por la constitución, lo que hace falta es encontrar el poder que sea capaz de obligarles a retornar a sus cuarteles, como lo hizo el liberalismo a comienzos del presente siglo. En las condiciones actuales de disgregación de todo el sistema capitalista y particularmente de la clase dominante boliviana, el ejército se ha convertido en la única fuerza que puede prolongar por algún tiempo más la dolorosa agonía del capitalismo y en el único interlocutor confiable para el imperialismo. Es la inviabilidad de la democracia burguesa como consecuencia de las particularidades de la estructura económica del país, que bien pueden sintetizarse como el escaso desarrollo del capitalismo, lo que se traduce en la inestabilidad política que viste uniforme militar y que utiliza como recurso preferente para lograr su objetivo el golpismo caudillista. El problema no puede ser reducido de manera simplista a la pugna entre civiles y militares, como pretenden algunos democratizantes e inclusive los "márxistas" que marchan detrás de ellos; la lucha de clases se concretiza en los cuarteles y fuera de ellos, en la lucha entre las tendencias revolucionarias, conformadas por civiles y uniformados, y las reaccionarias. El caciquismo golpista será superado a través de la destrucción del Estado burgués y de sus pilares de sustentación, entre los que se cuenta el ejército. La victoria de los explotados se verá facilitada a través de la constitución de una tendencia revolucionaria dentro de las fuerzas armadas, que comprenda desde la tropa hasta los jóvenes oficiales, pasando por suboficiales, sargentos y soldados de la tropa.

En el año 1992 esto es ya una realidad. Constatamos que desde hace algunos años actúa la Tendencia Revolucionaria de las Fuerzas Armadas y publica con alguna regularidad su hoja periodística titulada "Vivo Rojo".

La empleomanía es una de nuestras enfermedades que ha sido identificada arbitrariamente con la flojera, con la falta de iniciativa empresarial, etc. El poco desarrollo industrial y el primitivismo que reina en el campo, determina que sólo una pequeña parte de la fuerza de trabajo disponible puede ser empleada, el resto permanece ociosa, acentuando aún mucho más la miseria de los trabajadores en general. El Estado es el más grande

empleador y comprador, esto porque alrededor del 70% de la economía se encuentra concentrada en sus manos.

Todo esto impulsa a grandes sectores a buscar su acomodo en el presupuesto nacional. Los empleados de la burocracia estatal no solamente que no trabajan satisfactoriamente, sino que se dan modos para mejorar sus miserables sueldos con las coimas y los negociados. La empleomanía y la corrupción de los burócratas es uno de los frutos del tremendo atraso del país. No existen condiciones materiales para que pueda prosperar una mentalidad inventiva o cualquier iniciativa empresarial: el poco desarrollo del capitalismo cierra las puertas inclusive a los más osados y emprendedores.

La burocracia estatal, que es presentada como la máxima expresión de la empleomanía, constituye el sector social más duramente golpeado por los dueños del poder: marginada de gran parte de los beneficios sociales, es la peor pagada y se encuentra políticamente sojuzgada, obligada a apoyar a los gobernantes de turno. Para colmo, se pretende aminorar los males económicos disminuyendo sus remuneraciones o echando a la calle a una parte de los funcionarios públicos.

Las universidades no sólo que no poseen capacidad para formar buenos profesionales, sino que apenas si pueden sobrevivir en medio de sus penurias económicas y de todo tipo. Los profesionales, de igual manera que los técnicos medios, no encuentran acomodo y tienen que emigrar para poder vivir o mejorar sus conocimientos. La crisis universal de la enseñanza universitaria, adquiere en Bolivia caracteres muy agudos, al extremo de que las casas superiores de estudio van vomitando anualmente a camadas inmensas de egresados que apenas si saben leer y escribir. La formación de grandes profesionales y técnicos no aparece como una necesidad impostergable cuando el capital financiero trae a su propio personal superior y el mismo Estado contrata en el exterior a técnicos, directores, analistas, etc. Ningún remiendo podrá salvar a la universidad de su bancarrota, que es parte integrante e inseparable de la crisis de todo el sistema social imperante. La autonomía y el co-gobierno paritario docente-estudiantil, una de las conquistas más avanzadas y sorprendentes, adquiere sentido en la medida en que permite a los jóvenes estudiantes alistarse en las huestes revolucionarias e identificarse con la estrategia de la clase obrera. La universidad nueva será el producto de una sociedad también nueva.

Equivocadamente se considera a la politiquería y a la extrema proliferación

de agrupaciones políticas como enfermedades típicamente bolivianas y se insinúa que se trataría de un mal congénito de los habitantes de este país. Parece olvidarse que el liberalismo y el MNR enarbolaron grandes respuestas burguesas a los problemas capitales del atraso boliviano y en esa medida polarizaron a las mayorías nacionales. Pero, todo quedó como una simple propuesta; una cosa es formular soluciones y otra muy distinta materializarlas. Al fracasar los proyectos salvadores de contenido burgués bajo la poderosa presión de la decadencia mundial del capitalismo, se precipitó la desintegración de la clase dominante. La gran política fue sustituida por la politiquería y el arribismo, que únicamente buscan el poder para hacer mal uso de él y sientan el principio de que se debe llegar a la victoria no importando por qué medios. La proliferación de grupos es a veces inevitable cuando se trata de sentar, a través de la discusión, los grandes ejes de la política, que algo de eso sucede actualmente en el campo de la izquierda. Sin embargo, para las organizaciones burguesas la disgregación es una prueba de su definitiva decadencia.

En la actualidad únicamente puede haber una gran política y es la que desarrolla la clase social revolucionaria; esta política señala las pautas de conducta y las finalidades estratégicas para todo un período histórico, hasta tanto el proletariado no conquiste el poder. Es la única que parte de la elaboración teórica de la doctrina de la revolución boliviana, lo que importa una labor creadora.

La extrema miseria, paralela a los rasgos diferenciales de Bolivia, va inevitablemente acompañada de la corrupción en todos los órdenes que es una de las expresiones de la desintegración de los grupos sociales. Los empleados, los profesionales, los políticos (incluyendo a no pocos

“marxistas”) encuentran normal la remuneración suplementaria a cambio de su conducta incorrecta y al servicio de quienes pueden sobornar y pagar sus manejos ilícitos. Ciertamente que todo esto no es privativo de Bolivia, sino una secuela de un sistema social podrido y condenado por la historia a desaparecer.

También en la atrasada Bolivia la tragedia lacerante que se palpa se sintetiza en la producción social, impuesta desde el exterior y la apropiación individual, que arranca de las raíces mismas del país.

El atraso o poco desarrollo capitalista del país, que se traduce en extrema miseria para la mayoría nacional, acentúa la lucha de clases, la torna

virulenta -en lugar de atenuarla- , de manera que todos los problemas, los grandes y los pequeños, se resuelven a palos en las calles y en los caminos, lejos del parlamento, de la autoridad "legal" y del ordenamiento jurídico, por la senda de la acción directa de masas. Son estas condiciones las que tornan inviable la democracia burguesa o formal.

Bolivia -la mayoría del país- conocerá la democracia, La obrera, es preciso recalcar, bajo la dictadura del proletariado.

6

LA CRISIS ECONOMICA
ESTRUCTURAL

Llamamos crisis económica estructural, a diferencia de la coyuntural, a la que no es más que la consecuencia en el campo de la producción del choque de las fuerzas productivas contra las formas de propiedad en pie. Esa naturaleza tiene la actual crisis económica, que pone en el tapete de la actualidad la urgencia del cambio revolucionario del país, de su estructura económica. Otros erradamente llaman crisis estructural a la que se refiere a los rasgos más sobresalientes de la actividad productiva o del Estado: la política-monetaria, por ejemplo.

Toda vez que se pretende atender en alguna forma las necesidades de los sectores sociales que tradicionalmente vivieron al amparo del Estado, cumplir el servicio de la hipertrofiada deuda pública, lanzar las mercancías bolivianas a la competencia internacional, etc, la producción cruje y tiende a paralizarse. La situación se torna difícil en extremo debido a que la insolvencia financiera de la dictadura (1982) no le permite apoyarse en más créditos externos y entonces se recurre al tradicional manipuleo de la moneda, a fin de introducir nuevos cortes al salario real y así descargar sobre los empobrecidos trabajadores el mayor peso de la bancarrota económica. Los obreros han llegado al punto máximo de su resistencia y cualquier disminución de su ración alimenticia importa una virtual destrucción de las fuerzas productivas. La acentuación del hambre tiende a desembocar en convulsiones sociales. Parafraseando a los clásicos hay que decir que la sociedad que ya no es capaz de seguir alimentando a sus esclavos no merece existir. Cuando los trabajadores plantearon el salario básico vital, complementado con la escala móvil, tambaleó no sólo la dictadura militar sino todo el régimen social: la Bolivia burguesa, asentada en el capitalismo bajo su forma de economía combinada, solamente puede sobrevivir a costa de devorar a la fuerza de trabajo. Por este camino suicida se va acentuando mucho más el atraso representado por la pequeña parcela, que obstaculiza el desarrollo integral de la economía-.

¿En qué consiste, en verdad, la crisis económica boliviana? En el diminuto volumen de la producción nacional, como se ha indicado más arriba y que no permite cubrir las necesidades más premiosas del país. Determinan esta realidad la extrema pequeñez del mercado, la incultura y la presencia del imperialismo, expresiones de las relaciones precapitalistas en el agro y

de las propiamente capitalistas en los centros urbanos.

La pequeñez de la producción no permite reinvertir capitales para impulsar el desarrollo de toda la economía (no hay ahorro interno, se dice con frecuencia) y ni siquiera cubrir los requerimientos más elementales para la formación de la fuerza de trabajo y del propio funcionamiento del Estado. Esta deficiencia básica de nuestra economía se la pretende neutralizar y superar con préstamos internacionales, que ciertamente no se destinan al aumento de la producción, sino que en su mayor parte se insumen entre las grietas creadas por la miseria. Los empréstitos contraídos en condiciones tan lamentables amenazan con acabar con todo el movimiento económico.

Hay que repetir que ese pequeño volumen de la producción corresponde a la estrechez del mercado interno, condicionada por la propiedad parcelaria y por la economía de mera subsistencia que predomina en el agro. La experiencia demuestra que la palanca de los empréstitos internacionales en manos de la burguesía nativa no sirve para subvertir esta realidad y lo que hace, más bien, es agravarla. La extrema pobreza que corresponde a la economía del país se traduce en miseria desesperante para la mayoría de la población, particularmente para los campesinos, lo que a su vez condiciona la escasez de los recursos fiscales. Paga impuestos una cantidad extremadamente limitada de la población, los intentos de universalizarlos chocan con la amenaza de la rebelión campesina. La situación en el agro es tan dramática que la prestación de los elementales servicios sociales sólo puede materializarse si el Estado los toma a su cargo de manera integral. Sin embargo, resulta que para el cumplimiento de tarea tan primaria no existen en el erario nacional los recursos necesarios y de tarde en tarde se hacen esfuerzos para recurrir a la limosna de los otros países.

La extrema miseria limita el universo impositivo. Los impuestos y la deuda externa deben ser pagados por los ricos, por los capitalistas y no por los hambrientos.

El ensanchamiento de la producción, que podría ciertamente aminorar en algo muchos de los males económicos, encuentra numerosos e insalvables obstáculos: la inestabilidad política, jurídica y económica (el golpismo civil o castrense), como tenemos indicado, la pequeñez del mercado interno, la presencia del imperialismo, la caducidad de la clase dominante, etc.

Se insinúa, al menos por parte de los empresarios privados y de los políticos

de derecha, que el obstáculo mayor para el desarrollo de la economía y la superación de sus fallas más notables, no radicaría en la propiedad privada, a la que se llega al extremo de considerarla como núcleo primerizo y en pleno desarrollo, sino en la estatizada, sindicada como la causante de todos los males imaginables. Hemos escuchado de boca de ciertos gobernantes y de la misma patronal, la especie de que la propiedad estatal es igual al socialismo. En todas las metrópolis imperialistas ciertos renglones de la economía se encuentran en manos del Estado, pero esto no nos autoriza a catalogarlas como regímenes colectivistas, sino todo lo contrario. No están en pugna la estrangulada iniciativa privada y las relaciones de producción socialistas, sino determinadas manifestaciones de la propiedad privada burguesa, representada por "su" Estado, con la total caducidad de la clase dominante. Corresponde dilucidar con toda nitidez esta cuestión.

De una manera general la estatización de los medios de producción y la planificación de la economía son métodos socialistas que pueden permitir un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, inclusive en el rezagado agro, a condición de que sean manejados por la clase revolucionaria convertida en gobernante. En los países capitalistas el Estado burgués se ve obligado a estatizar determinados sectores de la economía para facilitar un mejor cumplimiento de los fines del sistema social imperante; en este caso esas estatizaciones se materializan sin que medie el desplazamiento de la burguesía en el poder (Inglaterra, Francia, Alemania, etc) Las capas burguesas que desde el gobierno se inclinan por la estatización lo hacen para preservar la propia propiedad privada de los riesgos de destrucción que la amenazan, para permitir un mejor funcionamiento del sistema capitalista, en fin, para mantener a flote el régimen burgués. No hay que olvidar que se trata de que es el Estado burgués y no otro el que está concentrando en sus manos la mal llamada propiedad colectiva, lo que únicamente puede ser posible bajo el gobierno de la clase obrera. Engels apuntó que las estatizaciones burguesas, que pueden alcanzar contornos muy vastos, importarían que el Estado se convierte en el capitalista ideal porque echaría por la borda muchas contradicciones menores, como las que estallan a diario entre el Estado como representante de los intereses generales de la clase dominante, como administrador del basamento mismo del sistema, y los despropósitos que cometen los empresarios individualmente considerados, que a veces ponen en peligro el sistema con su ansia de rápido enriquecimiento.

La estatización boliviana de gran parte de la actividad productiva fue una estatización de corte burgués como muy bien lo ha comprendido el

imperialismo, que al adaptarse a aquella sigue controlando los yacimientos de minerales que le son indispensables para su existencia. La administración burguesa de las empresas estatizadas prueba la incapacidad de la clase dominante y no la tesis peregrina de que todo Estado es un mal administrador o de que es inviable el socialismo.

Las estatizaciones burguesas no resuelven la contradicción fundamental que se da en la base económica, sino que sufren las consecuencias del choque entre ellas y una economía que sigue basándose en la propiedad privada, que se proyecta en la política económica general destinada a servir y hacer reflotar a los empresarios privados. En estas condiciones no existen posibilidades valaderas para esperar que los problemas económicos de las empresas públicas, que son de mucha gravedad y que agudizan la crisis económica estructural, puedan ser resueltos de manera satisfactoria, pues esto sólo sería posible a través de la generalización de las estatizaciones, cosa que no lo hará ciertamente nuestra caduca clase dominante y que se convierte en una tarea que corresponde cumplirla al proletariado. La ineptitud e inmoralidad de los administradores de las empresas públicas agrava la crisis económica estructural. El proletariado no busca la desestatización de Comibol, sino su superación a través del control obrero colectivo y de la estatización de los medios de producción en general, que solamente puede ser producto de la revolución social

Todo lo que llevamos dicho encuentra su confirmación en la evidencia de que la actividad ilícita del narcotráfico, esto incluso desde el punto de vista de la moral burguesa, fácilmente ha opacado el volumen de las exportaciones en general. La fabricación y comercio de la cocaína, destinado a destruir materialmente a grandes capas de la población mundial, generan más dólares que todas las exportaciones de productos tradicionales y no tradicionales de Bolivia. Se calcula que las mafias ven pasar por sus manos alrededor de 150 millones de dólares por año. Esto sólo podía ocurrir en un país tan miserable como el nuestro; sin embargo, el sorprendente volumen de la llamada "economía subterránea" tampoco sería suficiente para aliviar los agudos problemas emergentes de la pequeñez de la producción en su conjunto.

Lo que ha hecho el narcotráfico ha sido apoderarse de toda la clase dominante, del aparato estatal y de sus soportes fundamentales, como la policía, fuerzas armadas, por ejemplo, para minarlos por dentro, acelerando mucho más su desintegración. El régimen burgués se desmorona por podrido.

La inmoralidad y el vicio brotan por todos los poros del caduco sistema capitalista y esto en escala mundial. Esa corrupción que es cosa cotidiana en otras latitudes y que relativamente pasa desapercibida, ha adquirido en Bolivia dimensiones de escándalo al entrar en contraste con la miseria generalizada. El problema se ha visto agudizado en mayor medida cuando el ejército, que se distingue por su verticalismo y extrema centralización se ha convertido en el principal personaje de las mafias. Las fuerzas armadas se han colocado en las mismas condiciones y han puesto al aparato estatal al servicio de una actividad delictiva. El rápido enriquecimiento a la sombra del poder y gracias al narcotráfico contrasta notablemente con una población que es víctima de la generalización de la miseria y que se va acentuando a medida que pasa el tiempo.

Aunque descabellada la idea de algunos generales y coroneles en sentido de que la legalización y descomunal ampliación de la fabricación y comercio de la cocaína pueden ayudar a solucionar los problemas económicos del Estado, es por demás sugerente. El gorilismo está convencido que el narcotráfico es su negocio privado y legítimo y busca el poder para ponerlo al servicio de las mafias. La necesaria lucha de denuncia de esta actividad antisocial, la movilización popular para castigar a los culpables, debe conducir a la destrucción del capitalismo, única forma de acabar con el narcotráfico y con la inmoralidad en general.

La consecuencia inevitable de la crisis económica estructural es la agudización de la miseria y que ha comenzado por destruir físicamente a la familia de las estratas populares. Esta crisis sólo puede ser superada mediante la destrucción de las relaciones de producción imperantes, un requisito que puede permitir un salto hacia adelante de las fuerzas productivas y no mediante paliativos como serían las medidas económicas monetaristas o el cambio de frente de la política económica burguesa. Tenemos señalado que el manipuleo de la moneda se limita a descargar las desastrosas consecuencias de la crisis económica sobre la mayoría nacional.

La crisis capitalista estructural es una especie de válvula de seguridad, que se empeña en salvar el orden social imperante a través de la destrucción masiva de las fuerzas productivas, paralización de parte del aparato productivo, desocupación masiva, creando las condiciones para la reactivación de la economía, de los negocios. Este nuevo florecimiento de la actividad productiva no hace más que preparar nuevas crisis estructurales todavía más profundas. De esta manera el capitalismo empuja a la humanidad

hacia la barbarie. La única manera de acabar con el desastre de las crisis económicas es acabar con el propio sistema capitalista

LA IDEOLOGIA COMO INTERPRETACION DE LA CONTRADICCION FUNDAMENTAL

Las ideas que imperan hoy son las ideas propias de la clase dominante y que no hacen otra cosa que ofrecer una particular interpretación de la contradicción fundamental que se da en la estructura económica de Bolivia. La ideología y la cultura burguesas son francamente proimperialistas y están destinadas a dar explicaciones extraviadas de la miseria, de la opresión y de la crisis económica por la que atraviesa el país. La política -lucha de clase contra clase, que por ser tal cuestiona el destino y legitimidad de Estado- ocupa un lugar preferente en este mundo de la ideología. La línea política de la clase dominante, del stalinismo y de los sectores izquierdistas que los siguen, busca defender la propiedad privada de los medios de producción, partiendo del supuesto de que en un país precapitalista las fuerzas productivas no permiten todavía sustituirla por la colectiva. Las manifestaciones culturales en general, la religión, la moral, el ordenamiento jurídico, la política económica, la escuela, las universidades, los medios de comunicación social, se ponen al servicio de esta idea central, que ciertamente es reaccionaria y contraria al crecimiento de las fuerzas productivas.

Los sectores más osados de la clase dominante plantean que la contradicción fundamental se da entre imperialismo y nación oprimida, pero siguen sosteniendo la urgencia de defender la propiedad privada (defensa que puede realizarse mejor a través de su limitación y embellecimiento), que, como hemos visto, constituye el meollo estructural de toda postura conservadora. Las expresiones ideológicas y culturales de este

anti-imperialismo están destinadas, en primer término, a salvaguardar el sistema burgués. El proletariado, la clase social revolucionaria por excelencia (esto supone que es consecuentemente revolucionaria), ya hemos dicho que encarna las fuerzas progresivas de la historia, ostenta por esto su ideología que es revolucionaria y la levanta en contradicción con la ideología dominante en el país. Sus ideas son heréticas, perseguidas por las leyes y silenciadas por el gran aparato publicitario de la burguesía y la policía. Su finalidad es derribar la ideología imperante y constituye parte significativa de la lucha antiburguesa.

El ascenso revolucionario importa la disgregación de la clase dominante en

medio de la corrupción y podredumbre, como tan palmariamente puede comprobarse entre nosotros, lo que permite al proletariado ganar para sus posiciones a los mejores elementos de las otras clases, a las capas intelectuales más avanzadas y atrevidas. De esa manera la salvación y superación de la cultura queda en manos de la clase obrera, que durante el régimen capitalista es una desposeída de los beneficios de la universidad, del arte, etc.

8

LA REVOLUCION Y DICTADURA PROLETARIAS
UNA NECESIDAD HISTORICA

El propio desarrolló del país al desembocar en la contradicción estructural entre el proletariado y las formas de propiedad vigentes, que se concretizan en el choque entre el imperialismo y aquel (nación oprimida), ha convertido en una necesidad histórica la revolución y dictadura proletarias. Hay que recalcar que entre nosotros revolución proletaria no debe entenderse como sinónimo de socialismo, que es lo que se plantea en las metrópolis. La revolución proletaria será combinada (cumplir tareas democráticas y socialistas), como corresponde a la naturaleza de nuestra estructura económica.

La actual crisis económica estructural plantea la urgencia de la revolución proletaria, si ésta no se realiza por deficiencias del factor subjetivo o partidista, se puede descontar que conoceremos en el futuro crisis más catastróficas que la actual.

El retardo de la revolución proletaria sólo puede deberse a fallas en la maduración del factor subjetivo (partido y conciencia de clase) y no a la inmadurez del factor objetivo o económico, que se da internacionalmente. En ese caso, el país, su economía, la clase dominante se irán disgregando más y más, hundiéndose en el charco de la miseria, de la inmoralidad y de la corrupción. Mientras quede en pie el capitalismo rezagado no puede pensarse en estructurar la democracia formal y la disgregación nacional se dará bajo la cobertura de regímenes dictatoriales oscurantistas, uniformados o no.

La historia misma de la clase obrera y de las masas oprimidas, sus últimas batallas, su radicalización, el que hubiese trasmontado las ilusiones democráticas, nos obligan a observar con optimismo el futuro. La revolución proletaria, protagonizada por la nación oprimida, por las masas mayoritarias ya se perfila en el horizonte. Será por ese camino que superaremos nuestra miseria y el país podrá ingresar plenamente en la civilización; se abrirá la perspectiva de un colosal salto de las fuerzas productivas, nos apropiaremos rápidamente de todos los avances de la humanidad y sepultaremos nuestro atraso. De esta manera nos encaminamos hacia la sociedad sin clases, hacia la patria universal, venciendo todos los obstáculos de las diferentes formas de la opresión clasista.

FEBRERO DE 1982.

ENERO DE 1992